

EJEMPLOS

Edonf

EVOCACION DE DON PRAXEDES

Junio 1925

LOS DOS SAGASTAS

Venía sobre nosotros Nido y Segalerva (D. Juan), clavándonos los ojos saltones al avanzar, con una sonrisita de serpiente boa. Un bulto sospechoso bajo la levita, en el lado del corazón, y el gesto—tan parlamentario—de la mano al pecho, declaraban sus intenciones. Iba a leernos su último artículo de *El Siglo*. Conato, más que acción, mero conato; porque siempre hay recursos contra los peligros declarados. La fuga, entre ellos. Pero si Nido y Segalerva no vendrá ya nunca a leernos su artículo ni a pedirnos un sueltcito en "Información política", ¿por qué le traigo a cuento, con las Cortés cerradas, vacío el salón de conferencias, y desierto, silencioso, el pasillo central, sacristía de un templo sin culto?

Porque acabo de verle surgir—como antes—de la dependencia más misteriosa, y acercármeme, en un pasillo, con el ademán habitual.

—Pida usted, en la Biblioteca, joven amigo, mi libro sobre don Práxedes. No lo traigo encima, para dárselo dedicado, porque abulta mucho. Haga usted algo...

Y se ha desvanecido, como antes. Ni más ni menos que antes; igualdad de presencia desoladora para los mortales que no han muerto, pero halagüeña para sus sombras. De mi D. Juan del Nido y Segalerva no ha muerto nada y puede venir íntegro en una evocación. ¿Quizá D. Práxedes también? La barbilla blanca, la voz rota, el tono de arenga que se deshace en un murmullo; y, luego, aquel gesto de marioneta con que dejaba caer el brazo izquierdo fuera del banco azul; gesto que repite todos los días el general Weyler, a caballo por la Moncloa... No. Este D. Práxedes será todo postrimerías, acabamiento, ruina. Prefiero el de Nido y Segalerva; y obedeciendo su mandato—como buen muchacho que soy, todavía, para él—, acudó al bibliotecario Sr. Núñez Arenas, el cual está lejos de sospechar, al atenderme amablemente, que la signatura de esta papeleta viene ya puesta del otro mundo.

Este volumen que recibo, ¿es el libro o es la tumba de D. Práxedes Mateo Sagasta? Pesa como mármol, y el texto de la cubierta es más bien inscripción cenotáfica, lapidaria. Aquí empieza, sin duda, la enseñanza con que Don Juan del Nido quiso favorecerme para que no hablemos de memoria al discutir si debe o no celebrarse el centenario de Sagasta. ¿Qué saldría de este sepulcro en rústica y cubierta azul, si fuera Nido y Segalerva, biógrafo de encargo, historiador oficial, el *medium* responsable de la evocación?

He aquí a D. Práxedes; esto es: he aquí la lápida:

"Procedía del antiguo partido progresista, de cuya tradición fué, durante su larga y accidentada vida, fiel guardador. Presidió muchas veces el Gobierno de España, ya con D. Amadeo de Saboya, ya con la interinidad creada en 1874, y después con D. Alfonso XII, con la Regencia de su augusta viuda y D. Alfonso XIII. Fué, asimismo, presidente dos veces del Congreso de los Diputados. Era político activo, ilustre y sagaz. Fué popular, amado del pueblo y de las altas clases sociales. Jefe y fundador del partido liberal de la Monarquía. Contribuyó eficazmente a establecer en España una legalidad común y el turno pacífico de los partidos constitucionales con más fortuna que Calatrava en la Constituyente de 1836. Era varón integérrimo. Fué honrado por los Gobiernos de Europa con las más altas condecoraciones, y en España era Caballero de la insigne Orden del Toisón de Oro."

Todo ello en letra menuda, al pie del título: *Historia Política y Parlamentaria del Excmo. Sr. D. Práxedes Mateo Sagasta*. Y todo ello exacto, de una exactitud documental, incontrovertible. Alguien discurrirá dos afirmaciones: "Fué popular, amado del pueblo y de las altas clases sociales." Pero su simpatía puede probarse con cien hechos que constan, no en la biografía de Sagasta, sino en la *Historia de España*. Y esta otra: "Era va-

rón integérrimo." ¿Por qué no consignarlo? Dió a la integridad moral un sentido que hoy llamaríamos "relativista" y, dentro de él, fué, en efecto, mucho más íntegro

que los teorizantes de la integridad moral absoluta. Pero fuera de esta última materia de debate, Sagasta responde, sin discusión, a la silueta que traza D. Juan del Nido. Aseguró la Monarquía. Trabajó por llevar a la Restauración alfonsina el espíritu liberal de la revolución del 68. Con gran diplomacia, D. Juan del Nido le llama ilustre, no ilustrado. De su actividad, de su sagacidad, da testimonio su permanencia en la jefatura del partido más turbulento durante el período más difícil de nuestra historia contemporánea. Sin una gran cultura, sin la mejor palabra, sin el mejor talento de estadista, D. Práxedes rige España. ¿Cómo podría hacerlo sin actividad y sagacidad? Tal como Nido y Segalerva lo describe llevó la brújula desde el primer día de la Restauración, y salvó el barco, después de la gran borrasca del 98, hasta dejarlo en puerto seguro, es decir: hasta la mayor edad de Don Alfonso XIII. Su destino estaba cumplido. Podía morir el "jefe y fundador del partido liberal de la Monarquía".

¿Está ya bien dibujada la silueta que aparece al conjuro de la voz oficial? De 1874 a 1902 en que dejó por última vez el Poder, la principal preocupación de Sagasta ya hemos visto cuál es. Entremos por las mil y cien páginas de su biografía. Yo cumplo el encargo del viejo periodista dinástico, y recomiendo a todos que antes de aceptar o rechazar la idea del centenario de Sagasta repasen su historial—basta unos minutos—y vean quiénes deben estar agradecidos a su memoria.

Pero hay otro Sagasta. Si ahora, al anoecer, en la penumbra de la Biblioteca, nos obstináramos en traerle aquí, tal como yo le veo, y le enfrentáramos con el Sagasta de D. Juan del Nido, es posible que no se conocieran, y las dos sombras de un mismo espíritu podrían entablar un diálogo pirandelliano. Este otro Sagasta, el revolucionario, el estudiante del 48, el condenado a muerte en garrote vil después de la intentona del 66, el emigrado de Ostende, el colaborador de la Gloriosa, vino a parar, una vez restaurada la dinastía, en hombre de orden, garantizador de la paz pública, con alma de ministro perpetuo de la Gobernación. Y tras el período dedica-

MONIO
CENTAI

do a desmoralizar al enemigo de dentro—el conspirador republicano o el faccioso carlista—, vino el enemigo de fuera y le sorprendió descuidado e impotente. Hasta la biografía del buen Nido y Segalerva recoge aquella declaración del presidente, al salir la escuadra americana contra nuestros pobres cruceros, sin cañones útiles: "Ojalá no tuviésemos ningún barco. Esa sería mi mayor satisfacción. Entonces podríamos decirles a los Estados Unidos, desde Cuba y desde la Península: ¡Aquí estamos! ¡Vengan ustedes cuando quieran!" Su deseo, temerario e inocente, se le cumplió bien pronto. No quedó un barco. No necesitaron venir los americanos. En las metáforas de la época, era Sagasta *el Viejo Pastor*, siempre con el afán de reunir las ovejas descarriadas y conducir las a pastar por los prados del Presupuesto. En cincuenta años de vida pública—Nido le supone nacido en 1827—, esa labor de fusionar, de borrar diferencias, de conciliar extremos, de extender a todos los rebeldes el derecho de pastos, acabó con el revolucionario; como el Tratado de París acabó con el patriota. Deshecho, anulado, vencido, este Sagasta está demasiado cerca de la derrota para pensar en centenarios; si no piensan por él los que deben estar agradecidos al otro: al de la hoja de servicios oficiales.

Luis BELLO

(Prohibida la reproducción.)

El Sol.
Junio 3/25



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA